

SERRANÍA DE GUADALAJARA; CRÓNICA DE UN SIGLO

(Texto de la conferencia pronunciada en Galve de Sorbe, por Tomás Gismera el 17 de octubre; 2ª parte)

"Arándano, tejo, quejigo y sobre todos ellos el dios Ocejón. Y el Alto Rey asomado a su balcón pedregoso...". Escribe Pedro Aguilar en su *"Aguas Abajo"*. Aguas del Sorbe, Manadero, Lillas, Pelagallinas, Salado... Lomas y llanos, altos y cerros, y cómo no, arroyos y más arroyos que vierten aguas a lo que será el Bornoba: Dehesa de los Hoyos, Cabeza de la Sima, Sandría, Molinillo, Regajo, Escalera...

Aguas que dieron vida a los molinos de todos los Abilios de la serranía; de los que salió la harina que fue hogaza cocida entre estepa y jara en la verruga convertida en horno de las casas de Albendiego, Valverde o Majaelrayo. Aguas que baldearon la lana que decenas de tíos Guarines, en rústicos telares, convirtieron en alforjas, costales, sayones o capas de estameña parda, cuando el conde de Romanones se venía a disparar a las codornices, a la pata coja y por mero gusto, y el tío León, componedor de huesos, ponía lazos en la madriguera de las liebres por añadir algo de carne y de sustancia a las patatas guisadas a lo pobre; en los mismos años en los que un avión que hoy nos parecería de juguete, atravesaba por vez primera el Atlántico, aterrizaba en Cuba y se ahogaba en el pozo del misterio tratando de llegar a México.

De Cuba si que habían oído hablar estas gentes, y de Filipinas, y del África, porque raro era el pueblo en el que, como aquel Mambrú que fue a la guerra para no volver, no dejó a alguno de sus mozos entre los cañaverales de tierras desconocidas.

Y cuando el tío Solfa, Eugenio el de La Bodera, antes de vender garrapiñadas por las ferias, entonaba La Lirio, Tatuaje, Cinco Farolas, Ojos Negros o La niña de la estación, junto al tío Navarro, tabernero en Atienza, y su padre Mariano, por esas mismas plazas de pueblo en noches de verbena, no se hablaba de otra cosa que no fuese de los años de otra guerra que dejó a España inmersa en unos años de luto, cuando debieron haber sido de esperanza. Aquella mañana de hace más de veinte años, cuando las ruedas del molino del tío Abilio, la solera y la volandera, giraban al empuje del agua y hablábamos de maquilas, cuartillos, celemines, medias y fanegas, el trigo caía por la tolva y se saciaba el harinal, vi a aquel hombre tomar un puñado de harina al tiempo que exclamaba: *"¡cuánto se hubiese dado en esos años por un puñado como éste. A eso conducen las guerras, al odio, al hambre, parece que nunca entendemos y eso que ya se iba a la escuela"*. Claro que, como diría Paco, el santero de Montesinos, que lo mejor que aprendió en esta vida fue a ser pobre *"aunque ahora exigen ir a la escuela y estudiar, incluso inglés, si alguien no está bien educado en la escuela de la vida y el respeto, dirá y hará tonterías lo mismo en español, que en inglés"*.

Las enormes vertederas de los tractores, a fines del siglo XX, descansaban a la entrada de los pueblos, en la era, donde antes lo hiciesen los arados romanos o los carros; era que antaño, al llegar los días de agosto, amanecía con el olor y color del oro en grano que saciaría los inviernos de pan; y pocos recordaban ya, por falta de uso, las piezas del arado que